

A Augusto Bonardo

PONÉ que el mejor tango que hicimos no lo escribí yo, ni él tampoco. La última madrugada me llamó a las tres desde el sanatorio. Le habían colocado un teléfono. En esos días ya lo dejaban que se hiciera todos los gustos.

"Gordo", me dijo, y se me fue todo el sueño y me senté en la cama con los pies colgando, porque yo había dejado de pensarlo con un teléfono. Tampoco lo imaginaba en el auto, ni sentado en el café con Pepe y la Nena, esperándome para la generala. O entrando en el departamento con las botellas de chianti, mientras gritaba que no sancocharan los ravioles, bárbaros, y nos llenaba esta misma cocina de barullo, probando las letras nuevas con voz de tenorino y destapando cacerolas.

Me dijo "Gordo", así, como triste. Le pedí que esperara y me vine con el teléfono a la cocina, en calzoncillos, para no despertar a la Nena, aunque ella duerme pesado y ni sueña.

"¿Dónde estás?", le pregunté, o "¿De dónde llamás?" Imaginate qué gil estaba yo esa madrugada, después de tres horas de trabajo en la milonga y dos de copas con los otros giles.

Me desconoció: "¿Sos vos, Gordo?" "Claro, zanahoria", le dije, porque quién iba a ser, aquí, a esa altura de la mañana. Pero le metí todo el cariño en el "claro".

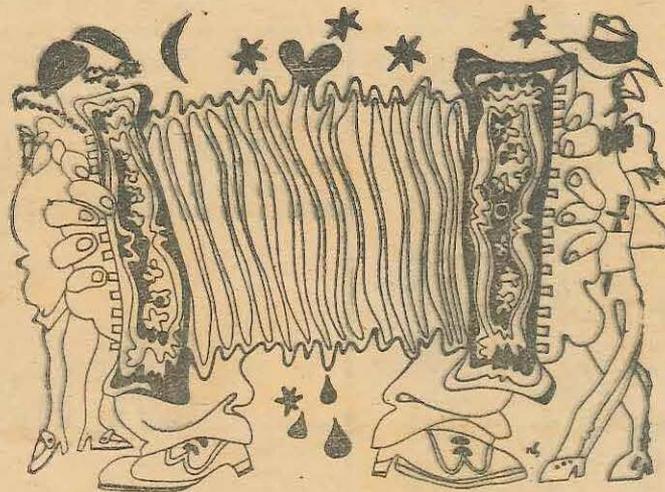
Me explicó que estaba pasando la noche en blanco, sin dolores y piola-piola, pero que la enfermera era una yegua ("olvidadiza", dijo él). De todos modos, había escrito la letra de memoria, la mejor letra que hemos hecho. Gordo, lo mejor que haremos de ahora hasta 1995.

Sentí frío en esta cocina toda blanca, otro sanatorio. Me callé. "Gordo", se asustó él, un poco. "Decímela", le mastiqué, bajito, y empecé a recitarla por el teléfono a las tres de la mañana, igual de bajito. "Es por si oye la enfermera", aclaró antes, pero él sabía también que era por su vergüenza de inventar tanta hermosura y tanta pena, como siempre.

Al quinto verso, yo tiritaba y lo frené. Que aguantara un minuto mientras iba a buscar un abrigo. Pero al salir ya me había olvidado y traje el fueye, solamente.

"Dale", le avisé, con el tubo apretado entre la oreja y el hombro, sentado en ese taburete blanco donde vos estás ahora, y buscándole el tono, meta talón y talón, como si estuviera en la milonga, cuando llega mi solo y dicen, no sé, que bramo o que me río para adentro con los ojos cerrados.

A veces se le cortaba la voz y tosía mucho, pero no me negó ninguna repetida de un verso. Yo gatillaba notas bajas por la izquierda cuan-



CUENTO INEDITO
DE CARLOS MARIA GUTIERREZ

la noche de la cocina

do el frío venía bravo, y si a él se le quebraba la garganta le metía un picado brillante para aguantarlo, pero qué iba a poder yo, en esta cocina o morgue, si del otro lado estaba la muerte canturreando su propio tango.

No me preguntés cuánto estuve con el fueye queriendo escapármese de las rodillas, caliente como no lo había visto nunca, mientras en el teléfono me recitaban los versos de un misterio, hasta que el instrumento se aflojó, quieto, respirando. El gato vino a refregarse en mis piernas, con el lomo erizado.

"Gordo", dijo la voz, allá. "Cortá un rato, que te llamo", le pedí. Y empecé a pasar todo el tango, como me había crecido de aquel frío, de aquellos versos y de aquel canturreo, hasta acabarlo. Pensé, te lo juro: "¿Quién soy, entonces?"

Lo pasé otra vez y tampoco me vino la respuesta, aunque por lo menos pude llorar. Disqué el número del sanatorio, pero la telefonista nocturna que no, que el señor no podía ser molestado, orden médica. La estúpida debió pegarse un susto cuando empecé a gritarle (y los sollozos me dejaban ronco y el fueye pedía con unos alaridos espantosos que no se mu-

riese nadie, saltando en mis rodillas), porque me comunicó con la habitación.

"Homero", le dije, "escuchá". Ya era casi de día y la cocina estaba de un gris sucio. Puse el tubo en esta mesa, arrimé el taburete para afirmar el pie encima y mandé el tango todo de una vez porque ya no había tiempo para despedirnos.

El fueye me tapaba la voz, que la tengo chica, pero lo fui cantando verso a verso, y cuando largué el fraseo de mano izquierda esta cocina retumbaba como una iglesia. Porque era la parte donde estaba la muerte, y la tapé de música y de amor, como si el amor y la música pudieran asustarla, y que se fuera.

Piqué los tres compases finales, desinflé el fueye y me quedé ahí, con un escalofrío. El gato estaba parado en un sol recién salido que pegaba en las baldosas.

Entonces puse el fueye en el suelo, colgué el tubo del teléfono sin hacer ruido y vi a la Nena recostada en la puerta, con los ojos secos, despierta desde hacía horas sin decirme nada.

"Vení a abrazarme fuerte", dijo la Nena, y yo fui.